

Esclavitud y libertad

*Domingo 4º de cuaresma
24 de marzo de 2010*



El camino del éxodo se convirtió para el pueblo de Israel en una parábola para todos los tiempos. En otro tiempo los hebreos vivieron como esclavos en Egipto. La voz de Dios los llamó a la libertad y su mano los fue llevando por el desierto hasta entrar en la tierra prometida. Es interesante comprobar que según el libro de Josué, el pueblo alcanza la meta de la libertad precisamente en la celebración de la pascua (Jos 5, 9-12).

Es importante esa alusión a la pascua. Es como si escucháramos la gran antífona que abre y cierra el salmo del camino exodal. La celebración de la pascua llevó al pueblo a adquirir conciencia de su esclavitud y le puso en camino hacia su liberación. Y la celebración de la pascua concluye finalmente el lento caminar por las estepas hasta el encuentro con la definitiva libertad.

De la esclavitud a la libertad. Ése es el itinerario pensado por Dios para el pueblo de Israel. Y esa es la oferta de Dios para toda la humanidad. He ahí el don divino y la tarea humana. También para el nuevo pueblo de Dios, la celebración de la pascua del Señor es el signo y sacramento de la verdadera liberación.

El realismo

La parábola del padre misericordioso puede también entenderse como la mejor metáfora de la libertad (Lc 15, 11-32). Eso es lo que busca el hijo pequeño. Para ello pretende “matar” a su padre, pidiéndole de antemano la herencia que le corresponde. En casa no se siente libre y busca una libertad que implica la renuncia a la filialidad.

Curiosamente en el texto evangélico no se le reprocha al hijo que haya malversado el dinero, ni se le acusa de haber pasado su tiempo junto a malas compañías. Su desgracia se resume con una sola palabra. Solemos traducirla diciendo que vivió “perdidamente”. En realidad, la palabra griega sugiere que vivió de forma desatinada o insensata.

En el lenguaje bíblico eso es exactamente el pecado: la insensatez, la pérdida del juicio, la irracionalidad, la dispersión, la desorientación, la pérdida del sentido de la existencia. Pero esa situación no puede durar toda la vida. Es interesante ver que para el hijo huido de su casa llega un momento en que se impone la reflexión. Recapacitó. El texto original dice que entró dentro de sí mismo. Hay un momento en que se impone el realismo, la toma de conciencia de la miseria en la que la persona ha caído.

La fraternidad

El hijo que se fue de su casa retorna a la “casa de su padre” con un estribillo en los labios que ha ido repitiendo en su soledad: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de llamarme hijo tuyo”*.

- El hijo menor se ha comparado con los siervos que viven en casa de su padre. Y comprende la locura de haber buscado una libertad lejos del amor, mientras que los que no le parecen libres gozan de los bienes del padre.
- Entre tanto, el hijo mayor, que no ha abandonado la casa de su padre, está alojado en ella, pero vive con el espíritu de un esclavo. No ha descubierto el amor del padre. Ni el signo y la grandeza de la verdadera libertad.

La parábola del padre misericordioso nos enseña, una vez más, que no es el arrepentimiento lo que suscita el perdón, sino al contrario. Es el perdón del padre lo que suscita el arrepentimiento y restablece la paz que de esclavos nos convierte en hijos.

Padre de los cielos, no permitas que nos alejemos de ti. Que tu amor nos guíe en la vida y nos ayude a descubrir el gozo de la fraternidad. Amén.

José-Román Flecha Andrés